

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

AL FILO DE LOS DIAS SEGUIMOS DESCUBRIENDO AMERICA

A lo largo del continente americano, merced a la iniciativa de instituciones científicas, nacionales y extranjeras, a las universidades y a los gobiernos, se sigue activamente la recuperación de nuestro pasado arqueológico, la conservación de nuestro folklore y la busca de aquellos elementos que permitan un mejor conocimiento e interpretación de nuestro pasado. Pero esta investigación tiende a intensificarse en aquellas regiones en que tuvieron asiento y desarrollo las grandes culturas americanas, en México, en Guatemala, en el Perú, y en los países adyacentes, o sea aquellos donde la influencia de dichas civilizaciones alcanzó a llegar.

A menudo se nos dan informaciones de los hallazgos que se hacen a lo largo de los Andes, algunos, a la luz de las ciencias nuevas, verdaderamente sorprendentes, porque llevan a pensar que esas culturas acaso conocieron la navegación aérea, conocimiento que abriría las posibilidades de viajes interplanetarios, como muchos etnólogos entusiastas pretenden. Creen que los mayas, y en los códices dicen encontrar la explicación en muchas de las figuras, lograron viajar por el espacio, tal y como se hace ahora. Estos son, sin duda, en este momento, los descubrimientos más espectaculares.

Y hasta han creído encontrar cohetes espaciales en un extraño y misterioso documento de Palenque. Y se dice y se sostiene por algunos investigadores, poco dados a elucubraciones e hipótesis sin base cierta, que coinciden estos documentos de Palenque con las figuras de las extrañas máquinas espaciales que se hallan en la Puerta del Sol de Tiahuanaco, en Bolivia.

En muchos templos de la prehistoria maya, en Guatemala y Yucatán, en muchas de sus fantásticas pirámides, de sus pie-

dras ceremoniales y escalinatas, se encuentran figuras de personajes vestidos como los astronautas, y sentados en verdaderas máquinas de surcar el espacio, de emprender y realizar viajes espaciales. Y hasta se afirma que estos aparatos, que estos hombres-astronautas, eran lanzados de las plataformas de Monte-Albán, en México, parecidas a las de Ba'albek, en Líbano, pistas gigantes hechas con inmensos bloques de piedra.

Divagaciones desposeídas de bases científicas, se nos dirá. Sin embargo, dados los adelantos alcanzados por los mayas en el orden astronómico, sus calendarios exactos y todo el saber científico que de ellos se perdió, cabe abrir una interrogación de «es posible» a los hallazgos que se están realizando en las nuevas excavaciones y en el encuentro de documentos en los archivos.

A la ciencia, en estos casos, se unían la magia, el encantamiento, lo sacro, lo misterioso, el secreto de substancias, ahora desconocidas, que permitían una energía capaz de lanzar al espacio esas máquinas con sus pilotos.

La leyenda tampoco es ajena a estos posibles viajes espaciales. En casi toda la literatura oral de estos pueblos indoamericanos se hallan referencias a esta fuerza del hechicero para trasladarse él, o trasladar a otra persona, de un lugar a otro, lo que después intentaron, después de la conquista, explicar los monjes sabios como la «levitación».

La revisión de manuscritos y códices confirmaría estas teorías al parecer peregrinas. Los investigadores han visto en ellos el trazo, figurado, de esta actividad del hombre prehistórico. En el Códice «Magliabecchiano», que se encuentra en Roma, en la Biblioteca de Roma, encontramos una figura que es exactamente un «plato volador» o «platillo volante», tal y como los

describen los que los han visto en nuestro tiempo. ¿Circulaban ya entonces, como hoy, por el espacio estos extraños vehículos?

En el Manuscrito Troano, los mayas dejaron la historia de los preparativos que se hacían para lanzar un cohete espacial: la preparación del carburante, el navegador convertido en un monstruo volador, pirámides con forma de ojivas, numerosos símbolos de vuelo, serpientes voladoras, tierra levantada a lo más alto del cielo, gigantes animales volcados, probablemente para significar la pesantez.

En la plancha XXVI de este manuscrito encontramos la figura que explica la propulsión por reacción, y se halla la figura de la herradura, algo parecido a una herradura de caballo más bien, signo que significa, según el Códice Pericliano, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, el «gran soplo que se extiende».

En el Códice de Dresde, considerado como un calendario, descubrimos una figura con un poderoso collar de anillos de fuego en ondas verticales que aseguran la propulsión, un tubo que escupe fuego y un dibujo que recuerda un motor con dos o tres símbolos astronómicos, todo lo que persiste hablar de los viajes interplanetarios de los mayas a sabios que presentan muchísimas más pruebas.

Por algo decíamos, al principio, ante estas revelaciones que seguimos descubriendo América.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

LA NOVELA SIGUE AHI DE LO PINTADO A LO VIVO

HACE ya una temporada larga que el tema de la «crisis de la novela» no corre por los papeles impresos. Es curioso. Durante más de medio siglo, se le había visto aparecer y desaparecer, casi periódicamente, en la preocupación de los círculos literarios. Puede que fuera a falta de asunto mejor: nunca se sabe. Pero el hecho cierto es como digo. La «crisis» en cuestión solía anunciarse y enunciar de maneras y con excusas muy distintas. Unas veces, se trataba de la técnica narrativa: considerando agotada una «tradición», las innovaciones formales —que nunca fallaron— provocaban dudas, suspicacias, repudios y, en consecuencia, desconfianza en el futuro del género. En otras ocasiones, la denuncia se basó en las vagas y peli-cortas controversias acerca de la función que la novela debería cumplir dentro de una sociedad determinada —sociedad bastante analfabeta, dicho sea en términos generales—: función de excitante, de emoliente o de simple narcótico somnífero. También hubo sus dimes y diretes a propósito de la materia misma del relato, psicológica, o no, o no importa qué. Y, desde luego, en algún momento, se habló de unas mermas alarmantes de la clientela. Los lectores dejaban de leer, o al menos, dejaban de leer a los novelistas. Etcétera... Por lo demás, tales «crisis» solían ser glosadas con acentos lúgubres. A menudo, incluso fluyó el augurio de un «final» absoluto y próximo.

No llegó la sangre al río, claro está. La novela sigue ahí, pimpante y frondosa, y toda aquella charlatanería mortuoria que se proyectó a sus costillas ha sido olvidada del todo, o casi... No es sólo porque la «crítica» no haya producido equivalentes —geniales— de un Shakespeare, de un Balzac, de un Proust o de un Kafka: la «crítica» es una actividad que no permite excesos de este tipo. Es, sobre todo, porque la «crítica», en cualquiera de sus oportunidades, queda condenada —¿condenada, si es lo suyo?— a cumplir los oficios menores del apoyo y de la revisión. Sin «crítica», sin una especie, u otra de crítica, no habría «literatura»: novelas, versos, dramas y esas cosas. Corrijo: habría novelas, versos, dramas y el restante, pero no serían «literatura». No era «literatura» el «Roman de la Rose», ni lo era el «Cantar del Mio Cid», ni el «Libre de Amic e Amat», y ni siquiera Villon (sí Plauto, sí Aristófanes, sí san Jerónimo, sí Bernat de Ventadorn). Me gustaría hacerme entender en el barullo de tantas alusiones... En cualquier caso, y para improvisar una comparación abrupta, cabría decir que la crítica es el andamio colaborador que un día tuvo el Partenón, que tuvo tal o cual aguja gótica, o la torre Eiffel: desmontando, una vez erigida la

«obra» —imposible sin su ayuda—, se le ignora. Es la vida.

Las páginas elocuentes que planteaban la «crisis de la novela» no fueron inútiles, por supuesto. Sirvieron de algo: involuntariamente, además. Pero, voluntaria o involuntaria, su participación habrá de ser reconocida, algún día. La novela no perdió el tiempo y, en medio de estos supuestos tiquismiquis de reflexión —con frecuencia, no eran «supuestos», sino reales—, fue tirando. No será imprescindible poner ejemplos de la versatilidad creadora: de Mann y Proust a Faulkner, de Kafka a los sudamericanos en candelero, de Joyce a Robbe-Grillet, del «neorrealismo» italiano a Huxley (el «Contrapunto» contiene lúcidas aprensiones acerca de la viabilidad de la novela)... Sólo que eso era un episodio de mandarines. Todo eso. Empezando por la palabra «novela» cuando es usada por los críticos. Si crisis pudo haber —y no la hubo— fue a nivel de «novela literaria»: de la novela que fabricaban los «literatos». Que no era toda la novela posible. Ni mucho menos. Existía y existe la novela «a-literaria», que no ha dejado de prosperar. Para ella nunca hubo «crisis» serias. Su problema nunca fue aceptado —y se comprende— por los críticos oficiales: por los promotores de andamios que, a la larga, se justifican con «obras maestras». No tuvo crisis: la novela-novela, sin reservas —o sin demasiadas reservas— cultas, no deslizo, y sigue haciéndolo, con notoria suavidad y con rentable eficacia, al parecer, según los cálculos de las casas editoriales...

Y a esto voy. ¿Qué diablo de «crisis de la novela», si la gente, desde que aprendió a leer, y sin saber leer, consume novelas a diario y en cantidades atroces? Me refiero a la «gente», no al «público literaturizado», olímpico y pejelugero, autoalimentado de desdenes y cuquerías. Si nos situamos al nivel de un consumo regular y estadísticamente memorable, nunca flaqueó el interés, mientras hubo ofertas de interés. Retengamos el vocablo: «interés». Desde este ángulo primario, novelas eran los poemas épicos remotísimos, y mini-novelas, las consejas que los abuelos contaban a los nietos con fines de ternura doméstica y de filigrana didáctica. Novela era el «Amadís». ¿O no? Aquel hidalgo castellano, que aterrizó en su domicilio en hora imprevista, tropezó con una moza de su servicio hecha una magdalena. La llantina le puso en guardia, y pidió la razón: «¿Señor, háse muerto Amadís?... La defunción de los Amadíses suele provocar lágrimas: los guionistas de la televisión lo saben, y procuran valerse del «suspense», menos húmedo... Pero de los antiguos amadíses a los supermans de la mitología del

«comic», pasando por Dumas padre —¡qué fantástico!—, y por Eugène Sue, y por mi paisano Ayguals de «María o la hija de un jornalero», hasta llegar a Jules Verne, o a Salgari, y saltar —entre nosotros— al señor Fólch i Torres o al señor Pérez y Pérez, para colocarnos ante la vigencia segura de los seriales radiofónicos y de los episodios semanales de la «tele» la voracidad «novelera» de las muchedumbres es insaciable. ¿Será imprescindible completar el apunte con otras dos menciones obvias: la novela policíaca y la novela de ciencia-ficción?

Yendo a los orígenes del fenómeno, la novela nunca estuvo en «crisis». La tal «crisis», se acu-rruca en los doctos simposios del insaciable «culturalismo». Y es lógico, porque, a partir de cierto momento, el «culturalismo», involucrado en la operación de narrar, se hace aburrido. Carece de «interés». Toda persona «culto» que se haya aventurado a ver qué ocurre fuera del mundo de su «cultura» —una cápsula como otra cualquiera, clasista, sectaria, endogámica—, descubre la vigencia del «interés»: de la peripiecia imprevisible, de las argucias del corazón, de las amarguras sociales. Los lloros por Amadís y por las secuencias melodramáticas del «serial» alienante y fraudulento nos empujan a reconocer que ese trámite verbal denominado «novela» se injerta en las pasiones más elementales de quien resulta destinatario. Los verdaderos «best-sellers» tienen esta dependencia. Desde «Los tres mosqueteros» —¿o fue el «Gargantua»?— hasta el «Papillon»: ¿cómo no invocar «Rebeca», o la «Dama de las camelias», o «El judío errante», o «Vinieron las lluvias»? Anduvo, o andaba, o anda, de por medio, el «interés». Al abrir el libro y enfrentarse con el texto, el ciudadano normal, que se pone a leer para interesarse con lo que lee, puede encontrarse con un bloque de tedio insuperable, que, con toda probabilidad, vendrá ornado con loanzas sistemáticas de la «crítica», y renunciará a continuar... Sería, no sólo idiota, sino injurioso echarle la culpa a su «grado de cultura», concepto grácilmente irrisorio, dicho sea sin ánimo de ofender a nadie.

Si no le interpreté mal, Vázquez Montalbán, hace poco, confesó que su capacidad de resistencia, ante una novela, no rebasaba las doscientas páginas. Supongo que fue un sarcasmo. Pero mi paciencia —bien probada en otros aspectos— no alcanza a tanto. Una novela que en las primeras setenta y cinco páginas de su arrastre no logra «interesarme», la remito a la estantería más cercana. Me niego a seguir leyendo lo que no me «interesa». Probablemente, se trata de un criterio arbitrario. Lo es, sin duda. Y me expongo a injusticias y a ignorancias enormes. Sin embargo aferró a mi prejuicio. Una no-

vela, huelga advertirlo, puede ser «interesante» a muchos niveles, y el del «argumento» es el más subalterno... Con la palabra «argumento», ahora, abarco la intriga —¿qué hacer con una novela que no sea «intrigante»?—, la veracidad en el dibujo de la dialéctica de individuos y castas, las incidencias del amor y de la ira... Luego viene el arte. Es un «luego», lo sé, convencional. El «arte» —de narrar— es el soporte de todo. Una «conditio sine qua non». La literatura, en el fondo. Pero entre el más allá y el más acá de esta estipulación de fronteras, se difumina el sentido de la novela. El «arte de novela», en sí, puede ser igualmente interesante: más «interesante», naturalmente, que el eterno «esquema de crimen» que es toda novela... Pero sólo para los adictos de literatura: los drogadictos de las letras...

No: nunca hubo «crisis de la novela», porque nunca dejó de haber novelas interesantes. Como no la hay en estos días, a juzgar por los catálogos editoriales. La novela se escribe, se imprime, se distribuye y se vende. La buena novela. Que no es, exactamente, la «literaria». Algún «hit-parade» de librerías puede ser engañoso: sólo indica el «gusto» de las personas que acuden a tales establecimientos. Queda lo demás: el quiosco, la tienda de barrio, el vendedor a domicilio. ¿Desdeñable? Me pregunto por qué habría de serlo... Sería un «desdén» capcioso: el de la «minoría selecta». La cual, por supuesto, también tiene voz y voto en el embrollo. Lo malo es que es la única voz, y que suyo es el único voto, sobrenadando en el solo resumen «culto» que importa. Las hipotéticas «crisis» se reducen, como dicen en el «Tenorio», a «pláticas de familia». Excluyen, por principio, a las multitudes sometidas a la «novelaria» de radios, cines, televisores, fonovelas, libros de tiradas envidiables... El «crítico literario» ve el mundo en función de los libros. Y, generalmente, de los libros que le envían los editores... No son los «coyotes» ni las «corintelladas»... Podríamos seguir insinuando retenciones. No será imprescindible. «Lo novelesco», en su propia entidad y en su propia salsa, nunca sufrió «crisis». Sólo la miserable cifra del 0'001 por 100.000 —y me parece que exagero— de la población mundial debe de haberse enterado de que Stendhal, Dostoievski, Flaubert, han existido. Ni pensar en que les hayan leído... Los componentes de esa «miserable cifra» se lo pasan en grande: entre ellos, y para salvar el tedio, hablan de «crisis de la novela». La «novela», escrita o no, y sin que ellos lo adviertan, circula a su alrededor. El «esquema de crimen» y sus variantes...

Joan FUSTER

PROFESOR DE AUTOESCUELA

Es una profesión interesante, hay mucha demanda y están bien retribuidos. Único requisito tener 20 años y poseer el carnet B, ordinario, con 9 meses de antigüedad.

Próximo examen de ingreso

En el Centro de Formación de Profesores de Autoescuelas de Barcelona (único centro reconocido por la Dirección General de Tráfico, además del de Madrid)

Varios horarios, de mañana o tarde, en modernos y agradables locales con un variadísimo material. **COMPRUEBELO PERSONALMENTE.**

Información: En el Centro de Formación de Profesores de Autoescuelas calle Diputación, 180, 6.ª planta. Tel. 253-51-26 (9 a 1.30 y 4 a 7)



UN SISTEMA DECISIVO
Si es persona mayor de 18 años, soltera, libre o viuda y quiere amistades o desea casarse. Encontrará lo que busca en los «Mensajes del Club» mensual, privado. Folleto confidencial. Envíe 6 sellos de 2 pts.
RELACIONES-CLUB
apartado, 460 SABADELL
En Barcelona: Un Mesón-Bar para reunirse



PORTERO ELECTRONICO
con luz de Emergencia
Facilidades de PAGO
telef. 325 0390

La Passió

OLESA DE MONTSERRAT

Domingo 3 de marzo
Primera representación

Siguientes representaciones:
Marzo 10, 17, 24 y 31
Abril 7 - 12 (Viernes Santo) 21 y 28
Mayo 1

Apertura de taquillas a partir de mañana en:
JORBA PRECIADOS, Tel. 232-10-00
TAQUILLA OLESA, Tel. 64